

## III.

¿Adonde te partes, dulce mi enemigo,  
Que nunca te afliges con ir y volverte?  
Si es bien que no quieres llevarme contigo,  
Mis ojos por eso no habrán de perderte.

¿Tan mal te agasajo, dulce pensamiento,  
Que donde naciste tan presto te partes?  
Y al cabo, ¿que alcanzas en tu movimiento,  
Si el bien me le robas y el mal me repartes?

¿Que buscas venturas, probando rigorea  
En todas regiones que pisan tus pasos?  
¿No sabes, no lloras que son los amores  
Comenzando largos, acabando escasos?

Antes del peligro saber ser osado  
Inculca constancia, noble, alto desprecio;  
Mas despues de visto, seguirle obstinado  
En vez de constante empresa es de necio.

## DE DIEGO MEXIA. (\*)

## EPÍSTOLA

*Traducida de Ovidio.*

## SAFO Á FAON.

Por ventura, Faon, luego que abriste  
Mi carta, en ver su letra artificiosa,  
Por mia la juzgaste y la tuviste?

¿Por ventura, mostrárase dudosa  
Tu mente en vacilar quien te escribía,  
Si no vieras mi firma dolorosa?

Preguntarás, que si la musa mia  
Ha siempre versos líricos cantado,  
¿Por que la que te escribo es elegía?

¡Ay! que mi triste amor ha ya espirado  
En tu pecho cruel, y en este punto  
De mí ha de ser su tránsito llorado.

(\*) Sevillano: floreció á principios del siglo XVII: tra luxó las *Heroidas* y el *Ibis* de Ovidio, y las publicó con el título de *Párnaso anárstico*.

Y porque el verso al dolorido asunto  
De hoy mas responda, escojo el lamentable,  
Que el lírico no es verso de difunto.

Abrásome en incendio irremediable,  
Qual arde el campo donde el fuego emprende,  
Si sopla el sordo viento incontrastable.

La seca parva con furor se enciende,  
La llama excede al resplandor Febeo:  
Tal es el fuego que á mi pecho ofende.

Allá habita Faon, donde á Tifeo  
Etna con fuego y sempiterna brasa  
Oprime y quema el cuerpo giganteo.

Pero con mas ardor y mas sin tasa  
Que si estuviera en Etna y sus fogones,  
El iracunde amor mi pecho abraza.

No se me ofrecen versos ni canciones  
Para poner en dulces instrumentos,  
Que es lo que alegra tristes corazones.

Que el componer y el entonar acentos,  
Son ejercicios y obras virtuosas  
De entendimientos libres y contentos.

Ya me son las Piérides odiosas,  
Ya huyo de las Driadas doncellas,  
Solo me ocupo en quejas amorosas.

Amíton, Cidno y Atis, mozas bellas,

Sou viles, á quien tanto las queria,  
Ni las quiero hablar, ni puedo vellas:

Y otras ciento que, quando Dios queria  
Por sola su virtud y compostura  
Gustaba de tener su compañía.

Mira, Faon, si es mucha tu ventura,  
Pues el amor que á tantas he quitado,  
Le he puesto en tu divina hermosura.

Tienes el rostro bello y delicado,  
Tienes edad á gustos conveniente,  
¡O rostro que has mi vista emponzoñado!

Coge la lira y toca dulcemente,  
La aljaba toma, y te verémos hecho  
Un nuevo Apolo en música y valiente.

Ponte aquella señal que á mi despecho  
Me pones, serás Baco, y en belleza  
Al uno y otro dexarás deshecho:

Pues Febo á Dafne amó y á su altiveza,  
Y Baco amó á la Gnósida Ariana,  
Siendo dioses los dos de suma alteza.

Y aunque fué su belleza soberana,  
No alcanzaron el don de Poesía,  
Ni aquel licor que en el Parnaso mana,

A mí la Pegasea compañía  
Me dicta versos, yendo ya mi nombre  
Por quanto abraza el sol, y el mar enfria.

Ni tiene mas honor, ni mas renombre  
Alceo el Mitileno y celebrado,  
Aunque mas con su verso al mundo asombre.

Si la naturaleza me ha negado  
Rostro elegante, forma y estatura,  
No tengo culpa, yo no me he criado.

Yo suplo aqñese yerro de natura  
Con mi ingenio y virtud que al mundo encanta,  
Y la virtud excede á la hermosura.

No altivo me desprecies, que si tanta  
Es tanta pequeñez en que me veo,  
Mi fama hasta los cielos se levanta.

Si no soy blanca, Andrómeda á Perseo  
Agradó siendo negra de Etiopia,  
Que no por ser moreno un rostro es feo.

Verás que es cosa natural y propia  
Unirse con palomas variadas  
Blancos palomos, y esto en mucha copia.

Tambien las tortolillas son amadas  
De verdes papagayos; ni fortuna  
Tiene á las damas negras olvidadas.

Si no te ha de gozar dama ninguna,  
Si no es la que igualare á tu belleza,  
No te habrá de gozar muger alguna.

Quando tú me subiste á tanta alteza,

Que me elegiste, hermosa me juzgaste,  
No viste escoria, todo fué fineza.

Que á mi sola amarias me juraste,  
Juraste que yo sola te agradaba,  
Mentiste en esto, aquello quebrantaste.

Por tu gusto me acuerdo que cantaba,  
(Que nada al que es amante se le olvida)  
Y con el dulce canto te elevaba.

Era de tí mi voz interrumpida  
Por me besar, queriendo de mi boca  
Hurtarme la cancion aun no nacida.

Ahora ¡ay rabia, que me vuelve loca!  
Tienes por tuyas muchas damas bellas  
Allá en Sicilia, cuyo amor te toca.

¿Que me detengo aquí sin ir á vellas?  
Quédese Léšbos, si en Sicilia hay diosas,  
Siciliana quiero ser con ellas.

Señoras y matronas venturosas,  
A quien el cielo da por patrio nido  
De Nesa las ciudades poderosas;

No doreis el error que he cometido,  
Diciendo, que á un extraño de mi tierra  
Le dí mi fe, no siendo conocido.

Guardaos no siembre en vuestras almas guerra  
Este traydor con los embustes raros,  
Que en la blandira de su lengua encierra.

Quanto os dice y os dirá por engañaros,  
Tanto me dixo ¡ ay misera ! primero,  
Y como á mí me olvida , ha de olvidaros.

Tú , célebre Ericina , que el tercero  
Círculo habitas , y eres venerada  
De los Sicanos con amor sincero ;

Mira por tu Poeta desdichada ,  
Dame consejo , Diosa , en esta pena ,  
Socorre á un alma triste enamorada.

Fortuna , que jamas me ha sido buena ,  
¿ Prosigue por ventura aquel tormento ,  
Que desde el punto que nací me ordena ?

¿ Ha de permanecer su duro intento ?  
¿ Siempre en mi daño el tiempo está fixado ,  
Siendo su natural el movimiento ?

A seis años de edad no hube llegado ,  
Quando ya con mis lágrimas había  
Las cenizas paternas rociado.

Mi hermano el patrimonio que tenia  
Consumió , regalando á una ramera ,  
En cuyo amor el miserable ardía.

Mil daños , bien indignos de quien era ,  
Grangeó con afrenta miserable :  
Que de servir al mundo esto se espera.

Y agora pobre , humilde , insaturable ,

Por reparar su hambre y su pobreza  
Navega el mar dudoso incontrastable.

Con mal medio procura la riqueza ,  
Que con mal medio dispipó el insano ,  
Dándose torpemente á sú torpeza.

Y á mí porque le dí , como á mi hermano ,  
Consejos saludables , me aborrece :  
Que no quiere consejos el liviano.

Esta es la utilidad que se recrece  
A aquella que en amalle se desvela ,  
Y mi piadosa lengua esto merece.

Y como si faltase que le duela  
Al corazon , aumenta mis pasiones  
Una niña que tengo pequenuela.

Tú agora á mis tormentos y aficiones  
Te añades , y entre todos tienes palma ,  
Con esta larga ausencia en que me pones.

¿ Por ventura mi nave , que es el alma ,  
No terná un viento favorable y bello ,  
Para no estar en sempiterna calma ?

Mira esparcido por la espalda y cuello ,  
Sin artificio ni órden elegante ,  
Mi crespo , largo y nitido cabello.

Ni mis dedos adorno como amante ,  
Por demostrar que un disfavor me agravia  
Con el rubí , crisólito ó diamante ,

Vilmente visto; mi ornamento es rabia  
Ni enlazo mi cabello en lazos de oro,  
Ni le regalo con licor de Arabia.

¿Mas para quien sino es de luto y lloro  
Me tengo de adornar? ¿y á quien ¡ay triste!  
Procuraré agradar con mi tesoro?

¿Que galas me porné, si en quien consiste  
Mi gusto, vive ausente y me desama,  
Y de tristeza y de dolor me viste?

Mi tierno corazon (que en fin soy dama)  
Es herido, y quemado en hornos ardientes  
De veloz flecha y de ligera llama.

Y como mi martirio es vehemente,  
Siempre la causa vive y va en aumento,  
Para penar y amar eternamente.

O fué que en mi infelice nacimiento  
Las Parcas por su ley me condenaron  
A amarte siempre y á sufrir tormento:

O el aspa donde el hilo devanaron  
De mi vida (si es vida la que es muerte)  
De dura pertinacia la formaron:

O la costumbre larga de quererte,  
Decansando en la escuela de Cupido,  
En la naturaleza se convierte.

Hame Tálía el alma enternecida,  
De suerte que no tengo fortaleza  
Para librarme del fuego á mi sentido.

¿Y qué mucho que tenga esta flaqueza,  
Si quando te apuntaba el primer bozo,  
Me sujetó y robó tu gran belleza?

¿Que maravilla me rindiese un mozo,  
Que á los varones sujetar pudiera,  
Con se adornar de femenil rebozo?

¡O tú, que eres de Apolo mensajera!  
¿Quantas veces temí que me hurtaras  
Este mancebo, porque yo muriera?

Y entiendo, bella Aurora, le robaras;  
Mas á tu intento Cefalo repuna,  
Cuyas conversaciones te son caras.

Faon; pues si te alcanza á ver la luna,  
Querrá que siempre duermas por besarte;  
Mas védalo su amante y la fortuna.

Vénus ta nbien quisiera arrebatarte  
En carro de marfil allá en su cielo;  
Mas ve que es justo complacer á Marte.

¡O tú que eres la gloria de este suelo,  
Y del presente siglo la hermosura,  
Y de mi triste espíritu el consuelo:

Tú que aun no llegas á la edad madura  
Ni eres muchacho, que es el venturoso  
Tiempo para deleytes y dulzura!

Ven, torna, vuelve á mí, jóven hermoso,

Tomo IV.

BIBLIOTECA DE NUEVO LEON  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 "ALFONSO CASTELLANOS"  
 AVILA, MEXICO, 1915

Hasta la grave ausencia que he pasado,  
Vuelve á mi seno, toma en él reposo.

No te quiero rogar desamorado,  
Que tú me quieras: lo que yo pretendo  
Es que sólo consientasser amado.

Escribo, y mientras voy aquí escribiendo  
Mis ansias, mis tormentos, mis pasiones,  
Mis ojos van mil lágrimas vertiendo.

Contempla quantas manchas y borrones  
Lleva esta carta miserable mía,  
Pues tiene mas que versos y diciones.

Si queriendo dexar mi compañía,  
Estabas cierto de irte, bien hicieras  
Si usaras de modestia y cortesía.

Fuera razon de mí te despidieras,  
Y si mi propio nombre abominaras,  
*Mozza de Lesbos, queda á Dios, dixeras.*

Que en fin algunas lágrimas llevaras,  
Que derramara allí mi sentimiento,  
Y algun abrazo y beso grangearas.

Yo nunca recelé tu apartamiento,  
Nunca temi tan áspero castigo,  
Ni tuve miedo al grave mal que siento.

Ninguna prenda tuya está conmigo,  
Sino es la injeria y grave alevosía  
Que has hecho en me dexar como enemigo.

Ni ménos tú llevaste prenda mía,  
Que en verla te sirviera de retrato  
De esta, que el tuyo adora noche y día.

Ninguna ley te di, ningun mandato,  
Ni otro te diera, salvo que en ausencia  
De mí no te olvidaras como ingrato.

Júrote por la fuerza y vehemencia  
De este mi amor, que ni dexar procuro,  
Ni él se puede apartar de mi presencia:

Por las nueve Libétrides te juro,  
Cuyas deidades por mi honor serviste,  
Y yo venero y agradar procuro:

Que quando no sé quien me dixo ¡ay triste!  
Tu bien se va, tu gloria es eclipsada,  
Hoy tu contento y tu Faon perdiste;

Así quedé en peñasco transformada,  
Que ni pude llorar de suspendida,  
Ni me pude quejar de alborotada.

Suspendiöse en mis ojos la avenida  
De lágrimas; la lengua perdió el brio,  
Y al muerto paladar se quedó asída

El amoroso ardor del pecho mio  
Se amortiguó, sus llamas ocultando,  
Y dió lugar que le ocupase el frio.

Mas despues que el dolor se fué aplacando,

Después que el cuerpo helado mas que roca  
Fué su calor y espíritu cobrando ;

Rasgué mi pecho á golpes como loca.  
Meséme, y sin mirar lo que debiera,  
Bramé, grité, desenfrené la boca.

Y esto no de otra suerte, que si fuera  
Acompañando el cuerpo, madre pia,  
Del hijo recién muerto, á la hoguera.

Mi mal hermano, viendo mi agonía,  
Se goza, regocija y se recrea,  
Y aumenta con mi pena su alegría.

Delante de mis ojos se pasea,  
Que porque su presencia me es odiosa,  
Quiere que á mi pesar le hable y le vea,

Tambien porque la causa vergonzosa  
De mi dolor al mundo esté patente,  
Me dice con voz grave y desdeñosa :

¿Que pena, que tristeza, que accidente  
Puede afligirte, si tu Cleis es viva,  
No solo viva, mas ni está doliente ?

Todo el mundo miraba mi excesiva  
Angustia, y mi vestido descompuesto,  
Y el pecho al ayre, do tu amor estriba.

Que no puede el amor que es deshonesto  
Con la vergüenza estar acompañado ;  
Y lidian entre sí, torpe y honesto.

Eres, Faon, mi gloria, mi cuidado,  
Y mis sueños así te representan  
Como si no te hubieras ausentado,

Y porque en estos sueños se alimentan  
Mis gustos, me es la noche de mas lumbre,  
Que los rayos del sol que la ahuyentan.

Que aunque del mar la inmensa pesadumbre  
Te esconda, y aunque vivas de mi ausente  
En las faldas del Etna ó en su cumbre ;

En sueños cada noche estás presente,  
Allí te hablo y miro tu figura,  
Y allí te abrazo y toco dulcemente.

Mas tiene una gran falta esta dulzura,  
Que en fin como es de sueño es abreviada,  
Y lo que es falso y vano poco dura.

Imagino tal vez que reclinada  
En tus brazos estoy, y algunas pienso  
Que mi brazo te sirve de almohada.

Tal vez . . . mas ¿para que tan por extenso  
Quiero contar lo que contado ofende  
A mi sensualidad pagando el censo ?

Ya en esto alegre, ilustra, aclara, enciendo  
Titan el ayre, y muéstrase al instante  
La luz, y quanto el mundo comprehende.

Huye mi sueño, y huyese mi amante,

Y agraviome de ver tan presto huyan,  
Siéndome su vision tan importante.

Y temiendo estas ansias me destruyan,  
Visito el bosque, y una y otra cueva,  
Y pido que á Paou me restituyan.

Como si el bosque á compasion se muéva,  
Como si aquellas cóncavas sonoras  
Conocen el ardor que á mí me lleva.

Mas pídoles favor como á fautoras,  
Que fuéron de mis gustos algun dia,  
Siendo de mis deleytes sabidoras.

Furiosa voy á do el furor me guía,  
Pobre de entendimiento y desgreñada,  
Manifestando así la rabia mia.

No ménos que si fuera enhechizada  
De la infernal Ericto maga astuta,  
Por sus encantos fuertes celebrada.

Aquí miro una cueva, allí una gruta,  
Ya me suspendo allí, y aquí me paro,  
Que aquí y allí gusté de amor la fruta.

Y aunque estas cuevas tienen por reparo  
Areniscos peñascos escabrosos,  
Fuéronme un tiempo mármoles de Paro.

Andando estos boscajes montuosos,  
Llegó á la selva que sirvió de alfombra  
Y cama á nuestros cuerpos calurosos,

Y en muchas siestas, quando el sol asombra,  
Nos recogió con regocijo y fiesta  
En su copada y agradable sombra.

Mas aunque me es la selva manifestada,  
No hallo en ella á mi señor trocado,  
Que es tambien el señor de la floresta.

Y así me es vil, humilde y desechado  
Aquel lugar, pues todo su ornamento  
Estaba en la presencia de mi amado.

Hallé todas las flores de este asiento  
Selladas de tu huella conocida,  
Para recordacion de mi tormento.

La tierna yerbezuela ví oprimida,  
Clara señal que nos sirvió de cama,  
Y que de nuestro peso está abatida.

Allí furiosa me arrojé, y la grama  
Besé, donde tu suerte favorable  
Te tuviera en los brazos de tu dama.

Y la yerba que entónces fué agradable,  
Agora por mis ansias y congojas  
Se riega con mi llanto miserable.

Los árboles tambien, porque me enojas,  
Parece que me ayudan en mi llanto,  
Despidiendo de sí sus verdes hojas.

Las aves enmudecen, y entre tanto



Que en aquel bosque mi clamor se siente,  
Suspenden todas su apacible canto.

El ave Daulia llora solamente  
Al hijo, y de no haber primero muerto  
A su marido perdido, insolente.

A Itis llora Progne en el desierto,  
Y Safo llora y gime sus amores,  
Y así está el bosque de dolor cubierto.

Tantos son los sollozos y clamores,  
Que todo se suspende y todo para,  
Como en la media noche los rumores.

Aquí nace una fuente dulce y clara,  
De tal diaphanidad alabastrina,  
Que excede al río, cuya linfa es rara.

Muchos en esta fuente cristalina  
Viendo su magestad y que es tan bella,  
Entienden que hay deidad santa y divina.

Hácele sombra, extiéndese sobre ella  
El árbol que fué Ninfa y fué hermosa,  
Y agora es tronco la que fué doncella.

Al rededor la tierra está viciosa,  
Aquí está el lilio y el jazmín preciado,  
Allí el clavel y la purpúrea rosa.

Aquí como inclinase el fatigado  
Cuerpo, y rindiase al sueño favorable  
Mi pena, mi congoja y mi cuidado;

Luego un mancebo de beldad notable  
En mi presencia apareció, mostrando  
Su blanco rostro, bello y agradable.

Dixome: « ó Safo! pues te estás quemando  
En desigual ardor, y en esta guerra  
Has de morir, sin premio peleando;

Conviene vayas á la Ambracia tierra,  
Que es en Epiro, y busca el monte santo,  
Donde de Febo un templo la ara encierra;

Desde su cumbre se divisa quanto  
El mar Atteo, ó el Leucadio baña  
En sus faldas hiriendo con espanto.

De aquí te arroja, y esa brasa extraña  
Se apagará, que impide tu reposo,  
Ganando prez y honor con tal hazaña.

De aquí se arrojó al mar el animoso  
Deucalion, ardiendo en fuego horrible  
Por el amor de Pirra poderoso.

Y aunque este salto pareció terrible,  
Salió del mar de todo riesgo ageno:  
Que nada hay á los Dioses imposible;

Luego pudo gozar de Pirra el seno;  
Mas ya Deucalion libre se via  
Del fuego de Cupido y su veneno.

Esta es la misma ley que guarda hoy día

Este lugar, no temas arrojarte,  
Pues que tu bien consiste en la osadía .

Dixo, y diciendo con su voz se parte,  
Y yo asombrada de estas maravillas,  
Me levanté mirando á toda parte.

Mis lágrimas regáron mis mejillas,  
Bastantes á ablandar las piedras duras,  
Y á desecar las verdes florecillas.

¡O tú qualquiera que mi bien procuras,  
Yo buscaré el peñasco revelado,  
Pues tanto bien, si salto, me aseguras!

Qualquier temor, qualquiera miedo helado  
Huya de mí, si amedrentarme quisiere,  
Triunfe el insano amor desvariado.

Qualquier suceso ó fin que esto tuviere  
Será mejor, que el insufrible exceso  
Del mal que sufre la que pena y muere.

Yo volaré mas leve que mi seso;  
Los vientos me serán firmes escalas,  
Y mi cuerpo no tiene mucho peso.

Tú, tierno amor, de quantas obras malas  
Has hecho en daño inmenso de mi suerte,  
Préstame agora tus veloces alas:

Siquiera, porque infame con mi muerte  
No quede el mar Leucadio, y de esta historia  
No puedan acusarte y convencerte.

Si esto consigo en muestras de victoria,  
Será á Febo mi cítara ofrecida,  
Y estos versos que guarden mi memoria.

• La Poetisa Safo, agradecida  
Te ofrece la vihuela, ó santo Febo,  
Que á tí, y á sí, y á entrambos es debida .

Pero, ¿por que razon, noble mancebo,  
Quieres en ese mar precipitarme,  
Donde seré quizá á los peces cebo?

Tú puedes de este daño rescatarme,  
Volviendo á mí la planta fugitiva,  
Que ha sido tan veloz para dexarme.

Faon, si gustas, que tu Safo viva,  
Mas saludable me serás, si quieres,  
Que el mar Leucadio ni la cumbre altiva.

Seráme tu presencia si vinieres,  
Un nuevo Apolo en mérito y belleza,  
Y envidiaránme todas las mugeres.

Dí, mas sordo y feroz que la fiereza  
De los peñascos, rígido, inhumano,  
Mas que el furioso mar y su braveza;

Dime, ¿podrás, si muero, estar ufano  
Con esta muerte? ¿tan enorme hecho  
Podráte dar renombre soberano?

¡Ay quanto mejor fuera que mi pecho

Se uniera con el tuyo, que con peñas,  
De cuyo encuentro quedará deshecho!

El cuerpo, el pecho, el rostro que desdenas,  
Los mismos son; Faon, que tú alababas,  
Los mismos que gozaste entre las breñas.

Los mismos miembros son que exágerabas,  
La misma soy, mi ciencia es tan profunda,  
Como lo fué en el tiempo que me amabas.

Solo quisiera agora ser facunda,  
Para ablandarte el pecho y alma ingrata,  
Que en odio y desamor se arrayga y fundá.

Mas el dolor así me liga y ata,  
Que el ingenio se ofusca con mis males,  
Y el cielo me confunde y desharatá.

Las fuerzas de mi pluma no son tales,  
Mi agravio y tu maldad la han hecho rudá,  
Robando sus espíritus vitales.

En el instante que faltó tu ayuda,  
Con el dolor el plectro está olvidado,  
Y está con el dolor la lira muda.

¡O Isleñas damas! si os habeis casado,  
O que no lo seais, pues me escuchásteis,  
Escuchadme en el fin desesperado.

Mozas de Lésbos, las que me incitásteis  
A amar y á ser amada torpemente,  
Oid agora á la que tanto amásteis.

No

No vengais á escuchar mi voz doliente,  
Que en quanto escribo, taño, canto y digo,  
Ya mi vena ha perdido su torrente.

Aquel Faon, mi pérvido enemigo,  
Huyendo de mi vista desgraciada,  
Todas mis gracias se llevó consigo.

Aquel Faon, que ha poco ¡ay desdichada!  
Que pude llamar mio, y que barrunto  
Que el alma que me dió la tiene dada;

Haced que vuelva á mí, y en ese punto  
Vuestra Poeta misera y marchita  
Volverá al metro, al canto y contrapunto.

Que como en mí Faon se deposita,  
Mi alma y mi saber está en sus manos:  
El da al ingenio fuerza y él la quita.

Mas, ¿para que me canso en ruegos vanos?  
¿Puedé moverse un corazon de fiera?  
¿Reyna clemencia en pechos de villanos?

¿No echo triste de ver que la ligera  
Y presta esquadra de veloces vientos  
Llevan mis ruegos y tu fe primera?

Quisiera ya, pues lleva mis lamentos,  
En retorno truxeran tu navio,  
Para que diera fin á mis tormentos.

Y este retorno saludable y pio,

Tomo IV.

19

BIBLIOTECA DE NUESTRO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. José MONTAÑEV, MEXICO

Honroso te era, justo y conveniente,  
Si supieras pesar el daño mio.

Pero si has puesto en la amorosa mente  
La vuelta, y en la popa de tu nave  
Tienes el don votivo ya presente:

¿Para que rasgas con tardanza grave  
Un tierno corazon que no reposa?  
¿Por que no vuelas convertido en ave?

Alza las anclas, que de amor la Diosa  
Nació en el mar; y al que es amante fino  
Le allana el mar con su presencia hermosa.

Será propicio el viento en tu camino;  
Todo te ayudará, coge al momento  
Las anclas, corta el golfo Neptunino.

Amor será el piloto, y dará al viento  
Las velas con su tierna y blanca mano,  
Cogiéndolas ya surto en salvamento.

Pero si te parece que es mas sano  
Alejarte de mí, porque te ofrezco  
El alma que otra vez te he dado en vano;

(Bien que yo no soy dina, ni merezco  
De que huyas de mí, ni que se parta  
La union que tanto busco y apetezco):

Respóndeme á lo ménos, y en la carta  
Ordena, que pues ya la acerba suerte  
De tus deleytes con rigor me aparta,  
En el Leucadió mar busque ya muerte.

---

DE AGUSTIN DE TEXADA PAEZ. (\*)

---

CANCION.

Cano Constancio, á cuya sacra frente  
Las hojas de Peneo  
Promete en galardón el Dios Timbreo,  
Por ser la clara espuma de su fuente,  
Préstale oído atento  
Al son confuso de mi sordo acento.

Que aunque suene mi voz baxa y confusa,  
No es de tan poca estima,  
Que no humillase la soberbia cima  
Del sacro Pindo, al conmover mi musa  
Con sus tiernas querellas  
Del ayre y cielo las regiones bellas.

Y ya se vió colgar de un verde lauro  
Su bien templada lira,  
Quien por Dafne cruel gime y suspira,  
Mientras que orillas del sagrado Dauró  
Sonaba mi instrumento,  
Y darle grato oído estando atento.

---

(\*) Nació en Antequera en 1563, y murió en 1636.

Y ya se vió tambien vibrar la lanza,  
 El brazo sacudiendo,  
 Y el escudo fogoso Marte horrendo  
 Vestido de diamante y de venganza;  
 Mas mi canto, aunque rudo,  
 Le hizo suspender lanza y escudo.

Y entre las sombras, que la muerte viste  
 De amarillez y espanto,  
 Hubo atencion á mi acordado canto;  
 Y porque al Cancerbero, horrendo y triste  
 Su dulzura no dome,  
 Plutón se enterneció y el canto oyóme.

Que el verso fácil, terso y numeroso  
 Los dioses celestiales  
 Aplaca, y á los dioses infernales;  
 Porque la concordancia es son glorioso,  
 Tanto, que su enemigo  
 De si mismo no puede ser amigo.

Mucho puede, señor, y mucho vale  
 Cualquiera estilo terso  
 De un sabio, sonoro y alto verso,  
 Que de un sabio y divino pecho sale,  
 Tal qual es ese vuestro,  
 A Febo espanto, gloria al siglo nuestro.

Vese este tal entre salobres ondas,  
 Que al cielo se levantan,  
 Y que en peñascos cóncavos quehrantan,

En muerte envueltas las arenas hondas;  
 Mas sacando su aliento,  
 Calma el mar, rinde el tiempo, enfrena el viento.

Vese ese tal donde el furioso Scita  
 Entre escarchada nieve  
 Sangre espumosa de caballos bebe,  
 Y va ante él, aunque mas su furia incita,  
 Mas seguro y constante,  
 Que ante el ladrón desnudo caminante.

Y si por caso de su patrio muro  
 El contrario avasalla  
 La libertad á fuerza de batalla,  
 Entre el despojo, como está seguro,  
 Burla de su enemigo,  
 Porque sus bienes llevará consigo.

Dichoso el tal, dichoso, pues que puede  
 Su trofeo divino  
 Colgar de qualquier roble ó qualquier pino,  
 Sin que fuerza ó envidia se lo vede,  
 Pues nunca á su esperanza  
 El tiempo volador hizo mudanza.

Salte hermosa del rosado oriente  
 La aljofarada aurora,  
 Que el cielo de oro y hermellón colorea;  
 Y sale al caer el sol en occidente  
 La noche de su gruta,  
 Que alza el mar, cubre el mundo, el cielo enluta.

Viene el verano y de pintadas flores  
 Y verdes esmeraldas  
 Borda del campo las tendidas faldas,  
 Y tras él de humedad, frío y temblores,  
 Luego el invierno marcha,  
 Que hojas hate, flor queama, campo escarcha.

Arenas de oro entre cristal luciente  
 Mezclando el claro río  
 Va á descansar al mar su fuerza y brio,  
 Pero no siempre lleva una corriente  
 Por una misma tierra,  
 Que ya lo impide un valle, ya una sierra.

No siempre el justo cielo favorece  
 Los intentos humanos  
 Porque penetra bien que son livianos,  
 Y que qualquier favor los desvanece;  
 Y por ello fortuna  
 Imita en sus mudanzas á la luna.

¡Que de veces se vió en noche serena  
 Lleno el rostro hermoso  
 De blanca plata, y resplandor lustroso,  
 Llenos los cuernos de la luna llena,  
 Y despedir centellas  
 Claras y rutilantes las estrellas;

Y que de veces en un punto luego  
 Se vió triste y nublada  
 Bajos los cuernos, y la luz menguada,

Amarilla su plata, muerto el faego,  
 Y las centellas muertas,  
 Y las estrellas de humedad cubiertas!

Sécase el río, el manso mar se altera,  
 Eclipsase la luna,  
 Truécase el tiempo, múdase fortuna,  
 Para el día, y la noche se aligera,  
 Y todo nos molesta:  
 ¡O santo cielo que mudanza es esta!

Solo el sabio se ve firme y constante  
 Entre mudanzas tantas,  
 Porque tiene firmísimas las plantas  
 Sobre duras columnas de diamante:  
 ¿Mas quien será este sabio?  
 Que en su alabanza moveré mi labio.

O salve (le diré) tú, que seguro  
 De las injurias largas  
 Del tiempo, tan mudables como amargas,  
 Burlas dellas y del, firme qual muro,  
 Tus pies humilde heso,  
 Pues para tanto te ha bastado el seso.

Tú solo ves el cauteloso pecho  
 Del hombre fementido,  
 Que el cuerno agudo en heno trae escondido,  
 Y que solo procura su provecho,  
 Y en apariencia humana  
 Cubre el intento cruel de Tigre hircana.

Tú solo ves con gloria de tu nombre,  
 Aunque fortuna ruede,  
 Que el mayor mal, que al hombre le sucede  
 No es de las fieras, no, sino de otro hombre;  
 Que la fiera se amansa,  
 Y el hombre en daño de otro no descansa.

Armas al fiero leon las garras gruesas,  
 Cuerno al toro furioso,  
 Ligereza á la onza, fuerza al oso,  
 Uñas y pico al grifo, al lebrél presas,  
 Y al mortífero seno  
 De la sierpe cruel mortal veneno.

Mas al hombre, por ser mas cruel y fiero  
 Que onza y leon furioso  
 Que sierpe, toro, grifo, lebrél, oso,  
 Naturaleza le arma en ser ligero,  
 Veneno, cuerno, presas,  
 Fuerzas, uñas y pico, y garras gruesas.

¿Mas que divino espíritu me inflama  
 Que á mi llano lenguaje  
 De trágico le adorna y alto trage,  
 Y de la humildé tierra lo encarama  
 A la cumbre sagrada,  
 De virginales plantas paseada?

Mejor será, señor, que nos burlemos  
 De ver las pretensiones,  
 Que encierran los humanos corazones

Siguiendo sus mortíferos extremos,  
 Y en amistad constante  
 Enlazados pasar de aquí adelante.

Y en vos como laurel verde y sagrado,  
 Despues que he dado al viento  
 La ronca voz, suspendo mi instrumento  
 Que ha sido tan oído y celebrado,  
 Y por vos ha podido  
 De la muerte triunfar tiempo y olvido.

Y oiréis al descolgarlo mil hazañas,  
 Que gentes españolas  
 Del mar sulcando las bramantes olas  
 Hicieron en regiones mas estrañas,  
 Que si Febo no miente,  
 Darán espanto al Sur, miedo al oriente.

DE D. ANTONIO MIRA DE AMESCUA. (\*)

GANCIÓN.

UFANO, alegre, altivo, enamorado,  
 Rompiendo el ayre el pardo gilguerrillo,  
 Se sentó en los pimpollos de una haya;  
 Y con su pico de marfil nevado,  
 De su pechuelo blanco y amarillo  
 La pluma concertó pagiza y baya;  
 Y zeloso se ensaya  
 A discantar en alto contrapunto  
 Sus zelos y amor junto,  
 Y al ramillo, y al prado, y á las flores,  
 Libre y ufano cuenta sus amores.  
 ¡Mas ay! que en este estado,  
 El cazador cruel de astucia armado,  
 Escondido le acecha,  
 Y al tierno corazon aguda flecha  
 Tira con mano esquivá,  
 Y envuelto en sangre en tierra lo derriba.  
 ¡Ay vida mal lograda,  
 Retrato de mi suerte desdichada!

De la custodia del amor materno  
 El cordillero jugueton se aleja,

(\*) Autor Dramático del tiempo de Felipe IV.

Enamorado de la yerba y flores;  
 Y por la libertad del pasto tierno  
 El cándido licor olvida y dexa,  
 Por quien hizo á su madre mil amores:  
 Sin conocer temores,  
 De la florida primavera bella  
 El vario manto huella  
 Con retozos y brineos licenciosos,  
 Y pace tallos tiernos y sabrosos.  
 Mas ay! que en un otero  
 Dió en la boca de un lobo carnicero,  
 Que en partes diferentes  
 Lo dividió con sus voraces dientes,  
 Y á convertirse vino  
 En purpúreo el dorado vellocino.  
 ¡O inocencia ofendida,  
 Breve bien, caro pasto, corta vida!

Rica con sus penachos y copetes,  
 Ufana y loca con ligero vuelo  
 Se remonta la garza á las estrellas;  
 Y puliendo sus negros martinetes,  
 Procura ser allá cerca del cielo  
 La reyna sola de las aves bellas;  
 Y por ser ella de ellas  
 La que mas altanera se remonta,  
 Ya se encubre y trasmonta  
 Á los ojos del lince mas atentos,  
 Y se contempla reyna de los vicintos.



¡ Mas ay! que en la alta nube  
 El águila se vió y al cielo sube,  
 Donde con pico y garra  
 El pecho candidísimo desgarrá  
 Del bello ayron, que quiso  
 Volar tan alto, con tan corto aviso,  
 ¡ Ay páxaro altanero,  
 Retrato de mi suerte verdadero !

Al son de las belisonas trompetas,  
 Y al retumbar el sonoro parche  
 Formó esquadron el Capitan gallardo :  
 Con relinchos, bufidos y corbetas  
 Pidió el caballo que la gente marche,  
 Trocando el paso de veloz en tardo :  
 Sonó el clarín bastardo  
 La esperada señal de arremetida,  
 Y en batalla rompida,  
 Teniendo cierta de vencer la gloria,  
 Oyó á su gente, que cantó victoria.  
 ¡ Mas ay! que el desconcierto  
 Del Capitan bisoño y poco esperto,  
 Por no observar el órden,  
 Causó en su gente general desórden,  
 Y la ocasion perdida,  
 El vencedor perdió victoria y vida,  
 ¡ Ay fortuna yoltaria,  
 En mis prósperos fines siempre varia !

Al cristalino y mudo lisongero  
 La bella dama en su beldad se goza,  
 Contemplándose Vénus en la tierra,  
 Y al mas rebelde corazón de acero  
 Con su vista entornece y alboroza,  
 Y es de las libertades dulce guerra:  
 El desamor destierra  
 De donde pone sus divinos ojos,  
 Y de ellos son despojos  
 Los purísimos castos de Diana,  
 Y en su belleza se contempla ufanz.  
 ¡ Mas ay! que un accidente  
 Apenas puso el pulso intercadente.  
 Quando cubrió de manchas,  
 Cardenas ronchas, y viruelas anchas  
 El bello rostro hermoso,  
 Y lo trocó en horrible y asqueroso.  
 ¡ Ay beldad malograda,  
 Muerta luz, turbio sol y flor pisada !

Sobre frágiles leños, que con alas  
 De lienzo débil de la mar son carros,  
 El mercader surcó sus claras olas :  
 Llegó á la India, y rico de bengalas,  
 Perlas, aromas, nácares bizarros,  
 Volvió á ver las riberas españolas :  
 Tremoló banderolas,  
 Flámulas estandartes, gallardetes,  
 Dió premio á los grumetes

Por haber descubierto  
 De la querida patria el dulce puerto.  
 ¡Mas ay! que estaba ignoto  
 A la experiencia y ciencia del piloto  
 En la barra un peñasco,  
 Donde tocando de la nave el casco,  
 Dió á fondo, hecho mil piezas,  
 Mercader, esperanzas y riquezas.  
 ¡Pobre baxel, figura  
 Del que anegó mi próspera ventura!

    Mi pensamiento con ligero vuelo  
 Ufano, alegre, altivo, enamorado,  
 Sin conocer temores la memoria,  
 Se remontó, señora, hasta tu cielo;  
 Y contrastando tu desden ayrado,  
 Triunfó mi amor, cantó mi fe victoria;  
 Y en la sublime gloria  
 De esa beldad se contempló mi alma,  
 Y el mar de amor sin calma  
 Mi navécilla con su viento en popa  
 Llevaba navegando á toda tropa.  
 ¡Mas ay! que mi contento  
 Fué el paxarillo y corderillo esento,  
 Fué la garza altanera,  
 Fué el capitán, que la victoria espera,  
 Fué la Venus del mundo.  
 Fué la nave del piélago profundo:  
 Pues por diversos modos  
 Todos los males padecí de todos.

Cancion, vé á la columna,  
 Qué sustentó mi próspera fortuna,  
 Y verás, que si entónces  
 Te pareció de mármoles y bronces,  
 Hoy es muger, y en suma,  
 Tuve bien fácil viento, leve espuma,

JORGE PITILLAS. (\*)

SÁTIRA.

No mas, no mas callar, ya es imposible :  
Allá voy, no me tengan, fuera digo,  
Que se desata mi maldita horrible.

No censures mi intento, ó Lelio amigo,  
Pues sabes quanto tiempo he contrastado  
El fatal movimiento que agora sigo.

Ya toda mi cordura se ha acabado,  
Ya llegó la paciencia al postrer punto,  
Y la atacada mina se ha volado.

Protesto, que pues hablo en el asunto,  
Ha de ir lo de antaño y lo de ogaño,  
Y he de echar el repollo todo junto.

Las piedras, que mil días ha que apaño,  
He de tirar sin miedo, aunque con tiento,  
Por vengar el comun y el propio daño.

(\*) Autor desconocido : dicese que su verdadera nombre era D. Josef Gerardo de Herbas.

Baste ya de un indigno sufrimiento,  
Que reprimió con débiles reparos  
La justa saña del conocimiento.

He de seguir la senda de los raros,  
Que mendigar sufragios de la plebe,  
Acarrea perjuicios harto caros.

Y ya que otro no chista, ni se mueve,  
Quiero yo ser satírico Quixote,  
Contra todo escritor follón y aleve.

Guerra declaro á todo monigote,  
Y pues sobran justí ñ nos pretextos  
Palo habrá de los pies hasta el cogote.

No me amedrentes, Lelio, con tus gestos,  
Que ya he advertido, que el callar á todo  
Es confundirse tontos y modestos.

En vano intentas con severo modo  
Serenar el furor que me arrebata,  
Ni á tus pánicos miedos me acomodo.

¿Quieres que aguante mas la turba ingrata  
De tanto necio, idiota y presumido,  
Que vende el plomo por preciosa plata?

¡Siempre he de oír no mas? ¿no permitido.  
Me ha de ser el causarles un mal rato,  
Por los muchos peores que he sufrido?

Tambien yo soy al uso literato,  
 Y sé decir *Romboides*, *Turbiliones*,  
 Y blasfemar del viejo *Peripato*.

Bien sabes que imprimí unas conclusiones,  
 Y en famoso teatro arguí recio,  
 Fiando mi razon de mis pulmones.

Sabes con quanto afan busco y aprecio  
 Un libro de impresion Elzeviriana,  
 Y le compro, aunque ayune, á todo precio.

Tambien el árbol quise hacer de Diana;  
 Mas faltóme la plata del cojuro  
 Aunque tenía vaso, nitro y gana.

Voy á la Biblioteca, allí procuro  
 Pedir libros, que tengan mucho tomo,  
 Con otros chicos de lenguaje oscuro.

Apunto en el papel que pesa el plomo,  
 Que Dioscorides fué grande herbolario,  
 Segun refiere Wandenlarckh el Romo.

Y allego de noticias fin armario,  
 Que pudieran muy bien segun su casta,  
 Aumentar el *Mercurio literario*.

Hablo Frances, aquello que me basta  
 Para que no me entiendan, ni yo entienda  
 Ya fermentar la castellana pasta.

Y aun por eso me *choca* la leyenda,

En que no arriba hallarse un *apanage*  
 Bien entendido que al discreto ofenda.

*Batir en ruina* es cèlebre pasage  
 Para adornar una española *pieza*,  
 Aunque Galvan no entienda tal potage.

¿Que es esto, Lelio? ¿Mueves la cabeza?  
 ¿Que no me crees, dices? ¿Que yo mismo,  
 Aborrezco tan bárbara simpleza?

Tienes, Lelio, razon, de este idiotismo,  
 Abomino el ridículo exercicio,  
 Y huyo con gran cuidado de su abismo.

La práctica de tanto error y vicio  
 Es empero (segun te la he pintado)  
 De un moderno escritor sabido oficio.

Hácele la ignorancia mas osado,  
 Y basta que no sepa alguna cosa,  
 Para escribir sobre ella un gran tratado.

Y si acaso otra pluma mas dichosa,  
 En docto escrito deleytando instruye;  
 Se le exalta la bilis envidiosa.

Y en fornido volumen, que construye,  
 Empuñando por pluma un varapalo  
 Le acribilla, le abrasa, le destruye.

Ultrages y dicitrios son regalo  
 De que abundan tan torpes escrituras,  
 Siendo cada palabra un fuerte palo.

En todo lo demas camina á obscuras,  
Y el asunto le olvida, ó le defiende  
Con simplezas é infieles imposturas.

Su ciencia solo estriba en lo que ofende,  
Y como él diga desvergüenzas muchas;  
La razon ni la busca ni la entiende.

A veces se prescinde de estas luchas,  
Y hace tode la costa el propio Marte,  
En que hay plumas tambien que son muy duchas.

No menor ignorancia se reparte  
En estas infelices producciones,  
De que Dios nos defienda y nos aparte.

Fijanse en las esquinas cartelones  
Que al poste mas macizo y berroqueño  
Le levantan ampollas y chichones.

Un título pomposo y alhagüenõ,  
Impreso en un papel azafrañado  
Da del libro magnífico diseño.

Atiza la gazeta por su lado;  
Y es gran gusto comprar por pocos reales.  
Un librejo amarillo y jaspeado.

Caen en la tentacion los animales,  
Y aun los que no lo son, porque desean  
Ver á sus compatriotas racionales.

Pero ¡ó dolcr! mis ojos no lo vean:

Al leer del frontis el renglon postrero  
La esperanza y el gusto ya flaquean.

*Marin, Sanz ó Muñoz* son mal aguero,  
Porque engendran sus necias oficinas  
Todo libro incivil y chapucero.

Crecen á cada paso las mobinas  
Viendo brotar por planas y renglones  
Mil sandeces insulsas y mezquinas.

Toda dedicatoria es clausulones  
Y voces de pie y medio que al Mecenas  
Le dan, en vez de inciensos, coscorrones.

Todo prólogo entona cantilenas,  
En que el aytor se dice gran supuesto,  
Y Bachiller por Lugo ó por Athenas.

No ménos arrogante é inmodesto  
Pondera su proyecto abominable,  
Y ofrece de otras obras dar un cesto.

Yo lo fio, copiante perdurable,  
Que de agenos andrajos mal zurzidos  
Formas un libro ingerto en porra ó sable;

Y urgando en albañales corrompidos  
De una y otra asquerosa Poliantea,  
Nos apestas el alma y los sentidos.

El estilo y la frase inculta y fea  
Ocupa la primera y postrer llana,  
Que leo enteras sin saber que lea.

No halla la inteligencia siempre vana  
Sentido en que emplearse, y en las voces  
*Derelinques* la frase castellana.

¿Por que nos das tormentos tan atroces?  
Habla, bribon, con ménos retornelos,  
A paso llano y sin vocales coces.

Habla como han hablado tus abuelos,  
Sin hacer profesion de boquilobo  
Y en tono que te entienda Cienpозuelos.

Perdona, Lelio, el descortes arrojado  
Que en llegando á este punto no soy mio,  
Y estoy con tales cosas hecho un bobo.

Déxame lamentar el desvario  
De que nuestra gran lengua esté abatida,  
Siendo de la eloquencia el mayor fio.

Es general locura tan crecida,  
Y casi todos hablan qual pudiera  
Belloso Geta, ó rústico Numida.

¡Y á estos respeta el Tajo! A estos venera  
Manzanáres y humilde los adora!  
¡O ley del barbarismo agría y severa!

Preguntarásme acaso, Lelio, ahora  
Quales son los implícitos escribas  
Contra quienes mi pluma se açalora.

Yo te daré noticias positivas,

Quando hable *nominativ* de estos payos,  
Y les ponga el pellejo como crivas.

Mas claro que cincuenta papagayos  
Dirá sus nombres mi furioso pico,  
Sin rodeos, melindres ni soslayos.

¿La frente arrugas? ¿tuercos el hocico?  
¿Al *nominativ* haces arrumacos?  
Oyeme dos palabras, te suplico.

Yo no he de llamar á estos bellacos  
Palabra alguna que la ley detesta,  
Ni diré, que son putos, ni herracos.

Solo diré que su ignorante testa,  
Animada de torpe y brutal mente  
Al mundo racional le es muy infesta.

Tontos los llamaré tan solamente,  
Y que sus libros á una vil cocina  
Merecan ser llevados prestamente

A que Dominga rústica y mohina  
Haga de ellos capaces cucuruchos  
A la pimienta y al especia fina.

De este modo han escrito otros más duchos  
Satiricos de grados y corona,  
De que da la leyenda exemplos muchos.

En sus versos Lucilio no perdona  
Al cónsul, al plebeyo, al caballero,  
Y hace patente el vicio y la persona.

Ni Lelio adusto, ni Scipion severo  
Del Poeta se ofenden, aunque mage  
A Metelo y á Lupo en su mortero

Qualquiera sabe bien aunque sea page,  
Que Horacio con su pelo y con su lana  
Satiriza el paguato y el bardage.

Y entre otros á quien zurra la badana  
Por defectos y causas diferentes,  
Con Casio el escritor no anduvo rana.

Pues montas, si furioso hincó los dientes  
Al culto Alpino, aquel que en sus cantares  
Degollaba Memnones inocentes :

El que pintaba al Rin los aladares  
En versos tan malditos y endiablados ;  
Como pudiera el mismo *Cañizares*.

Persio á todo un Neron tiró bocados ,  
Y sus concetos saca á la vergüenza  
A ser escarnecidos y afrentados.

Juvenal su labor así comienza ,  
Y á Codro el escritor nombra y censura ,  
Sin que se tenga á mucha desvergüenza.

No solo la Teseyda le es muy dura ,  
A Télefo y á Orétes spiritado  
Tam ien á puros golpes los madura.

Con

Con esto á sus autores hunde un lado  
Si á Cluvieno le quiebra una costilla,  
Y una pierna á Maton el Abogado.

Con libertad en fin pura y sencilla  
Observa toda su obra el mismo estilo,  
Nombrando á quantos lee la cartilla.

Y por si temes que me falte asilo  
En exemplo de autor propio y casero,  
Uno he de dar que te levante en vilo.

Cervántes el divino viagero  
El que se fué al Parnaso piano piano  
A cerner escritores con su harnero ;

Si el gran Mercurio no le va á la mano ,  
Echa á Lofraso de la nave al ponto  
Por escritor soez y chabacano.

De Arbolánches descubre el génio tonto ,  
Nombra á Pedrosa novelero infando,  
Y en criticar á entrámbos está pronto.

Sigue el pastor de Iberia autor nefando ,  
Y el que escribió la picara Justina,  
Capellan lego del contrario bando.

Y si este libro tanto se acrimina ;  
¿ Que haria si al *Alfonso* áspero y duro  
Le pillase esta Musa censorina ?

Otros mas con intento casto y puro  
*Tomo IV.* 21

Ata de su censura á la fiel rueda,  
Y les hace el satírico conjuro,

Aunque implícitamente, y sin que pueda  
Discernir por la bulla y mescolanza,  
Qual es el Garcilanita ó Timoneda

Bien la razon de su razon se alcanza,  
Porque como él en versos placenteros  
Intima en el discurso de su andanza;

*Cernícalos que son lagartigeros  
No esperen de gozar las preeminencias,  
Que gozan gaviñanes no pecheros*

Cesen ya, Lelio, pues, tus displicencias,  
Y á vista de tan nobles exemplares  
Ten los rezelos por impertinencias,

Y excusemos de dares y tomares,  
Que el hablar claro siempre fué mi maña,  
Y me como tras ellos los pulgares.

Conozco que el fingir me affige y daña;  
Y así á lo blanco siempre llamé blanco,  
Y á *Mañer* le llamé siempre alimaña.

No por eso mi genio liso y franco  
Se empleará tan solo en la censura  
Del escritor, que cree coxo ó manco.

Con igual gusto, con igual lisura  
Daré elogios humilde y respetoso  
Al que goza en el mundo digna altura.

Que no soy tan mohino y escabroso,  
Que me oponga al honor, crédito y lustre  
De autor que es benemérito y famoso

Pero ¡ó quan corto que es el banido ilustre!  
¡Quan pocos los que el justo Jove ama,  
Y en quien mi justa crítica se frustre!

Ya ves que impetuosa se derrama  
La turba multa de escritores memos  
Que escriben á la hambre, no á la fama

Y así no estrañes, no que en mis extremos  
Me muestre mas sañudo que apacible,  
Pues me fuerza el estado en que nos vemos.

La vista de un mal libro me es terrible;  
Y en mi mano no está, que en este caso  
Me dexé dominar de la irascible.

Días ha que con ceño nada escaso  
Hubiera desahogado el entresijo  
De las fatigas tétricas que pasó.

Si tú en tus cobardías siempre fixo  
No hubieras conseguido reportarme;  
Pero ya se fué, amigo, quien lo dixo.

De aquí en adelante pienso desquitarme,  
Tengo de hablar y cayga el que cayere;  
Y en vano es detenerme y predicarme.

Y si acaso tú ó otro me dixere,



Que soy sempagano, y corta pala,  
Y que este empeño mas persona quiere;

Sabe Lelio que en esta cata y cala  
La furia que me impele, y que me ciega,  
Es la que el desempeño mas señala:

Que aunque es mi Musa principiante y lega,  
Para escribir contra hombres tan perversos,  
Si la naturaleza me lo niega,  
La misma indignacion me hará hacer versos.

---

## EL DEUCALION,

POEMA

*De D. Alonso Verdugo de Castilla, Conde  
de Torrepalma.*

---

**L**a horrenda historia del undoso estrago,  
Castigo universal del orbe entero,  
Y de su acerbo fin terrible amago,  
Repite, ó Musa, si al idioma Ibero,  
Si á la bética lira, si al alhago,  
Del sonante rima lisongero,  
Como inspiráste al cantor latino,  
Grata concedes tu favor divino.

Y tú del numeroso Apolo, en tanto,  
De Mercurio eloquente alto museo,  
Suspende para oír mi humilde canto,  
A la lira la accion, ó al caduceo:  
Perdone el fuego á la copela, en quanto,  
Sobre el agua cruel pendiente veo  
Tu piadosa atencion, mientras conoces,  
Que escorias son de tu crisol mis voces.

Ya la indignada Astrea abandonaba  
Ultimo númen el iniquo mundo,

Y ya la férrea edad aprisionaba  
Entre muros el ántes errabundo  
Pueblo, ya mal sufridos levantaba  
Sus troncos la ambicion, y del fecundo  
Tronco de la impiedad y la malicia  
Brotaba la licencia y la injusticia.

Tiránico el poder, las leyes muertas  
Venerado el delito, el culto vano,  
La piedad falsa, las cautelas ciertas,  
El trato fraudulento, el juicio insano,  
Erraba el mundo; y á las altas puertas  
Del claustro de los Dioses soberano,  
Llamaba con igual desasosiego,  
La impía queja y el devoto ruego.

Jove la exécracion mas que el gemido,  
Atónito escuchó, y el indignado,  
Rey del etéreo Oimpo conmovido  
Los dioses junta atento y alterado:  
Duda el celeste coro y prevenido  
El silencio, con ánimo inflamado  
Vierte en la exórtacion que los conspira,  
Así la magestad, así la ira.

• ¿Hasta quando, deidades soberanas,  
Su engaño el mundo seguirá grosero,  
Y el contrario agitar de las humanas  
Pasiones copiará su caos primero?  
¿Donde llevan los hombres sus livianas

Mentes? ¿Que error les odia el verdadero  
Bien de la dulce paz, ó que malicia  
Deprava la reciproca justicia?

La fugitiva Astrea aun no ha librado  
Su pura toga del audaz insulto,  
Y á su etéreo solar se ha refugiado  
Reusando indignada el falso culto:  
De la fe y la virtud acompañado  
Se retira el honor del vulgo inculto,  
Y el amor la fraterna sangre olvida,  
Y en ella la inocencia huye temida.

Yace la religion: ¿que templo, que aras  
Vió rectos humos ni sencillo ruego,  
Sin que el voto sacrilego manchara  
Mas que la sangre el jaspe, el puro fuego?  
Ya en vez de la piedad ruega la avara  
Ansia de suceder, y en culto ciego,  
Hallar pretenden la deidad propicia  
Cómplice de su error ó su injusticia.

Ya de los anchos términos del mundo  
Todo el espacio aun es límite breve  
Al humano poder, que furibundo  
Tirano usurpadoras armas mueve.  
Entre lagos de sangre el triunfo inmundo  
Canta impio, y sacrilega se atreve,  
A asaltar las esferas celestiales,  
La ambicion de los miseros mortales.

Vosotros lo decid, que de la insana  
 Guerra sufristeis los trabajos duros,  
 Y (afrenta es referirlo) de la humana  
 Audacia recelasteis mal seguros:  
 ¿Por ventura bastó á la soberana  
 Mansion la altera de sus claros muros,  
 Para que no intentasen los Gigantes  
 Escalar sus alcázares distantes?

Mirad, ó sumos dioses, profanados  
 Los templos en honor vuestro erigidos,  
 Ved en horrenda púrpura bañados,  
 Titubear los tronos mal sufridos:  
 Los inocentes lares apagados,  
 Con sangre ó en incendio convertidos,  
 Y si aun vive algun justo, opreso duda  
 Entre argolla servil ó espada aguda.

Ya de nuestra clemencia escarnecida  
 Los abusados límites ignoro,  
 Y temo que humillado piedad pida  
 Al vano mundo el soberano coro,  
 O que intente su audacia presumida  
 A los cielos borrar los astros de oro:  
 Tanto sufrir infama la constancia,  
 Y hace complicidad la tolerancia.

Si tanto se tolera, otro esta silla  
 Indigno ocupe, y este cetro grave  
 Rija con débil mano, al qual se humilla

Quanto en el seno aun del futuro cabe;  
 El flaco imperio entónces sin maucilla  
 La deidad vana de ultrajar acabe  
 El mundo; mas no á mi en cuya clemencia  
 Pende su disoluble consistencia.

Aun se vibra en mi mano el inflamado  
 Trisulco á las maldades prometido,  
 Que al Pelion sobre el Osa levantado  
 La alta mole arruinar supo esgrimido:  
 Aun se oye á Licaon encarnizado  
 Vagar las selvas con nocturno ahullido;  
 Y aun estremece el pardo Lilibeo,  
 Cuando palpita exámine Tifeo.

Aun hay Júpiter, dioses: hoy os juro,  
 Vengados: arda en fuego portentoso  
 El infimo orbe, cuyo vulgo impuro,  
 La última pena pruebe criminoso.  
 Tal diciendo, abre airado el limbo oscuro,  
 Que es sepulcro de Encélado nubloso,  
 Y los adustos Cyclopes convoca  
 Al negro umbral de la tartárea boca.

Ya los fieros ministros fiera exhiben  
 La enorme llama, y en la fragua etnea  
 Inmenso ayunque prontos aperciben,  
 Y el sonante martillo á la tarea.  
 Mas en su inalterable ley escriben  
 Los necesarios hados que aun no sea  
 Abrasada la tierra: muda intento,  
 E impera igual estrago á otro elemento.

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE MEXICO  
 ALEJANDRO DE LA SALLE  
 Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

Al vago reyno del cerúleo hermano  
 La dominante horrenda voz convierte,  
 Y, ¡ó tú! dice, del líquido oceano  
 Grande moderador, mi acento advierte:  
 La forcejada rienda de la mano  
 Dura relaxa á la quadriga fuerte,  
 Dexa esta vez tu reprimida saña  
 Correr libre por la árida campaña.

Inspira el Jove undoso la sonante  
 Concha, y el eco vuelve repetido  
 Horrisono el Triton aun mas distante,  
 Ronco alentando el caracol torcido:  
 De las tormentas présago, el nadante  
 Vulgo de los delfines conmovidos  
 Cruza nadando; el pescador se espanta,  
 Truena el polo, y el golfo se levanta.

Con torpe mano apenas abrir osa  
 Eolo la caverna de los vientos,  
 Huyen silvando de la gruta odiosa,  
 Y empañan las esferas sus alientos;  
 Vierte el astro su lluvia procelosa;  
 Arma orion sus truenos trulentos,  
 Aun del aura, aun del zéfiro las plumas  
 Perezosas ventilan negras brumas.

Muge el undoso toro levantadas  
 Las puntas de sus cuernos litorales,  
 Al repetido incurso atropelladas

Van huyendo las playas desiguales:  
 Las ondas prodigiosamente hinchadas,  
 Amenazan las luces celestiales;  
 Y de negro vapor lluvioso velo  
 A los ojos del mundo niega el cielo.

Las dulces venas de las claras fuentes  
 Que bebió en riego escaso el verde prado,  
 Los peñascosos cauces impacientes  
 Rompen y el campo borran inundado:  
 Los viejos rios las mojadas frentes  
 Levantan con horrible ceño airado,  
 Y las urnas volcando, aun juzgan poca  
 La vasta plenitud de su ancha boca.

Con ímpetu ruinoso los torrentes  
 Disuelven de los montes las raices,  
 Envolviendo en sus tímidas erecciones  
 Los pueblos y los campos infelices:  
 Con largo miedo suerte igual las gentes  
 Esperan de la sierra en las cervices,  
 Mientras admiran su áspero desierto  
 De nunca vistas naves triste puerto.

Vuelve el pino á sus montes; ya la quilla  
 Navega el valle en que arrastró primero:  
 La altura en que anidaba la sencilla  
 Paloma alberga al tiburón roquero;  
 Los peces se deslizan en quadrilla,  
 Sobre la grama en que saltó el cordero,  
 El risco ya es escollo, y ya á la piedra  
 Cubren las algas, que vistió la yedra.

El piloto, que al fin de su jornada  
Desde léjos descubre el patrio suelo,  
La improvisa tormenta viendo armada  
Las faenas duplica y el anhelo:  
En tanto de las ondas superada,  
La patria, pierde el tino y el consuelo;  
Fluctúa extraño mar la propia tierra,  
Y en sus techos las áncoras aferra.

Qual al cercano asilo refugiado,  
Torre eminente ocupa ú alta roca,  
Y del inmenso piélago cercado,  
Crecer ve el agua, y ya su muerte toca:  
Qual corre al templo y á los pies postrado  
De ídolo colosal clemencia invoca:  
Urge el peligro, y olvidando el culto,  
Sube á los hombros del gigante bulto.

Qual de la erguida palma la accesible  
Caña trémulo escala, qual confia  
Del añoso nogal al inmovible  
Tronco, y salvarse en la alta copa fia;  
Temiendo solo si al embate horrible  
La podrida raiz ceder podria:  
Resiste por su mal firme y profunda,  
Y el que nadara leño, árbol se inunda.

El viejo labrador que vió primero  
De la turbia creciente arrebatada  
Su pingüe siembra, su guardado apero,

Y

Y al fin nadar su choza destrozada;  
Próvido al monte huye; y el ligero  
Vulgo de su familia la cruzada  
Altura busca, el hombro trabajado,  
De la pobre riqueza mal cargado.

Guía el anciano, y de la tierna planta  
Del niño la torpeza reprehende,  
Mas que la fuga el riesgo se adelanta,  
Ya nadie á conservar su carga atiende,  
Ya del misero viejo se quebranta  
El ánimo y la fuerza; mas suspende  
La reverencia al hijo, huye esperando,  
La mano, el brazo, el hombro al padre dando.

Yacen baxo las aguas sepultados  
Los altos templos, los palacios reales,  
Y los marinos dioses admirados  
Registran los ignotos penetrales,  
Ya en vez de las espigas coronados,  
Ve Cibéles sus frisos de corales;  
Y donde tripudiaban las Bacantes,  
Coros texen las Driades nadantes.

A las escasas cumbres retirados  
Se estrechan en el último recinto,  
Los que sin eleccion juntó asombrados,  
Duro consorcio al ámbito sucinto:  
Sin que el pastor los silve, los ganados,  
Y las fieras se asocian por iustinto,

Tomo VI.

22

En la cima, que juntos yacer dexa  
El perro al lobo y al león la oveja.

Crecen las ondas, crece la tormenta,  
Y compiten la última esperanza  
Los hombres y las fieras; ya es sangrienta  
Muerte de uno la vida que otro alcanza:  
Desalojar al flaco el fuerte intenta;  
Sobre el fuerte el ligero se abalanza,  
Huye del toro vírgen temerosa,  
Y otra al cuello indomado ascender osa.

El fino esposo apénas ocupada  
La espalda del caballo belicoso,  
Los brazos tiende á la que ya inundada  
Su nombre clama en hábito amoroso:  
La cadera á la esposa destinada,  
Ocupa al enemigo y al dudoso  
Trance, que de tan rara lucha pende,  
Pone funesta paz la onda que asciende.

Sobre la última roca retirada  
Amante madre, al tierno infante asida,  
La planta de las ondas ya bañada,  
Lo levanta á los hombros affigida;  
Del miedo y de las olas perturbada  
En el piélago cae desvanecida,  
Y aun en la ansia letal agonizando,  
Va el hijo entre las ondas levantando.

Ya las últimas cumbres inundaban

Las aguas, y al cubrirlas el mar fiero,  
De miseros nadantes se escuchaban  
Los roncós votos y el clamor postrero:  
Con monstruosa espansion se dilataban  
Las ondas de su espacio verdadero,  
Y quanto mas extensas ménos graves  
El peso no consienten de las naves.

Del líquido sutil humedecidas,  
Flaye la tierra sus innatas sales,  
Y en légamo se funden derretidas  
Las eminentes cumbres desiguales:  
De los vientos las ondas impelidas  
Forman corrientes, y ellas los canales;  
Y en vehemente y vario movimiento  
Muda la forma de la tierra el viento.

Solo en el vasto mar se descollaba  
De laureles inmunes coronado  
El bifronte Parnaso, en que bañaba  
Los umbrales del templo venerado  
De Témis la onda inquieta, y azotaba  
Tan tormentosa el pórtico elevado,  
Que al alto friso del sagrado muro  
Salpicó de espumoso limo obscuro.

En poca barca prodigiosamente  
Del espumoso ponto sustentada,  
Escasa copia sí, pero inocente,  
Affigida, mas no contaminada,

Yugo imponia á la soberbia frente  
Del mar, freno á la furia desatada  
Del viento, aquella de inocencia pura  
Celeste inmunidad, salud segura.

Dencalion solo y Pirra por los hados,  
Como inocentes raros exemplares  
De virtud incorrupta, preservados  
De la culpa y la ruina populares;  
Entrámbos de los númenes sagrados  
Cultores pios, que unos patrios lares,  
Un tálamo juntó, y en breve pino  
Unió el amor y conservó el destino.

Puerto feliz al leño zozobrado  
Si poca tierra da la cima breve  
Y mucha duda al ánimo turbado,  
Qual débil esperanza elegir debe:  
Dichoso el buque sí, pero cascado,  
Mal otra vez á tanto mar se atreve,  
La cumbre escasa bien se representa  
Ultima en la ruina, mas no esenta.

Ya no hay contra quien armen vengativa  
Su ira los cielos; Júpiter serena  
El ceño torvo y la violencia activa  
De ondas y vientos aplacar ordena:  
El mar cuya tormenta destructiva  
Los montes disolvió, ya de la arena  
No sufre el peso, y liquidando el seno  
De sus aguas coagula otro terreno.

La vaga nuncia de la etérea Juno  
Tiende el gayado manto; el sol renace:  
El bramido del ábrego importuno  
Cesa, y la nube el Aquilon deshace:  
Sus ruinosos impetus Neptuno  
Templa, la tierra entre las ondas nace:  
Huye el mar; y ya en pardos horizontes,  
La mojada cerviz sacan los montes.

Con mudo horror desde la cumbre yerta  
Restituirse el mundo absortos miran,  
Y con tierra memoria y vista incierta  
La antigua tierra en nueva forma admiran:  
Y la llanura en partes descubierta,  
Ya las últimas aguas se retiran;  
Y las húmedas sierras al sombrío  
Valle destilan gota á gota el río.

Llora el orbe desierto el generoso  
Nieto de Prometeo, y ¡ó quan dura  
Vida nos guarda el cielo, clama ansioso,  
Sobreviviendo á tanta desventura!  
Nosotros solo en quanto luminoso  
Febo descubre, de su lumbre pura  
Gozamos noche eterna y mar profundo:  
Todas las gentes cubre todo el mundo.

Sola tú, solo yo, con igual suerte,  
Vivimos: en los dos la especie humana  
Fallece, ó se conserva, si la muerte  
Fiera nuestro consorcio no profana:

Aun con terror la triste vista advierte,  
De nubes una y otra cumbre cana,  
Si uno faltase ¡que infelicemente  
Sería el otro el único viviente!

Yo, si tú de las ondas sumergida  
Fueses (no escuchen voz tan ominosa  
Los cielos) no quedara con la vida  
Ni reusara los hados de mi esposa:  
Mas tú, si de la barca combatida  
Caer me vieses á la mar undosa;  
¿Como pudieras en tan triste suerte  
Salvar tu vida, ni sufrir mi muerte?

Pero esta singular, esta de tantos  
Riesgos mortales vida combatida,  
Don generoso de los dioses santos,  
Rindase á su bondad reconocida:  
Suceda la piedad á los espantos,  
Y antigua religion la nueva vida  
Consagre: sea adoracion profunda  
El primer culto de la edad segunda.

Los dioses de los templos profanados  
Y de la desolada tierra huyéron:  
Los altares dexáron indignados,  
Y de los tardos votos se riéron:  
En el etéreo Olimpo retirados  
Con rostro enjuto el comun llanto viéron,  
Solo Témis severa en alto templo  
Al castigo preside y al exemplo.

Mas si es placable la celeste ira  
Víctima ya á su enojo el mundo ha sido,  
Ya tanta ruina á la piedad conspira,  
Ya tanta pena el crimen ha abolido:  
No en vano á su clemencia la fe aspira  
Que entre sus puras leyes ha vivido:  
Honremos la deidad, y escuche luego  
El justo númen nuestro justo ruego.

Con medrosa piedad en el limoso  
Umbral imprimen la devota planta:  
El templo en un silencio pavoroso  
Obscuro asombra, é inundado espanta:  
Fétido cieno, en vez del religioso  
Fuego, cubre profano el ara santa:  
Póstranse al frio jaspe, y así en tanto,  
Con voz tímida alterna ruego y llanto.

¡O tremendo del mundo criminoso  
Inmaculado númen, de su ruina  
Sola reliquia, y del delito odioso  
Inevitable ultriz, Témis divina!  
Si en tanto estrago cumplen prodigioso  
Su indignacion los cielos, si termina  
Su cólera, no sea qual contemplo,  
Venganza estéril tan costoso exemplo.

Desolada la tierra, gira en vano  
El sol, trayendo al mundo inútil dia,  
Mientras desierto el orbe del humauo  
Vulgo, las focas, los delfines cria:



¿Serán estos del culto soberano  
 Dignos ministros en su esfera fria?  
 No os falte, ó dioses, tanto sacrificio,  
 Porque la virtud viva, nazca el vicio.

Benignos, conservad quanto os ofrece  
 Héroe grandes; justísimos varones,  
 La venidera edad, sino parece  
 La emulada virtud de las naciones:  
 Aun entre la mas bárbara florece  
 Rústica religion, y en pobres dones  
 Honra vuestra clemencia el aldeano,  
 Como en sus hecatombes el tirano.

¡Oxalá, como supo el grande abuelo  
 La humana forma al barro primitivo  
 Dar ingenioso, y usurparle al cielo  
 Para llama vital su fuego activo;  
 Pudiera yo, imitando su desvelo,  
 Dar nueva gente al tiempo sucesivo!  
 Mas quien puede implorar clemencia, puede  
 Quanto el cielo á los ruegos fiel concede ».

Calló, y de horror absorto religioso  
 El flebil eco hasta el silencio escucha,  
 Alta luz mueve el templo y el dudoso  
 Animo entre esperanza y temor lucha:  
 El duro labio aliento prodigioso  
 Informa, y suerte pronunciando mucha,  
 Así predice, articulando el viento  
 En frase obscura, pero en claro acento.

» Salid, cubrid el rostro, y descendidos,  
 Los huesos á la espalda id arrojando  
 De vuestra madre ». Callan suspendidos  
 El cruel vaticinio interpretando:  
 Atónitos vacilan, y afligidos,  
 Repitiendo tal vez, tal repugnando,  
 Amarga suerte, la que aun no dispensa  
 Los patrios manes de la impia ofensa.

Rompe el silencio Deucalion; » no yerra  
 Mi fe, dice, el misterio he descubierto:  
 Piadosa no inhmana ley encierra,  
 Las deidades no engañan; todo es cierto:  
 Gran madre de los hombres es la tierra,  
 Huesos las piedras suyos; si el desierto  
 Mundo poblar el hado así prescribe,  
 Piadoso y fácil modo nos exhibe.

Flámea, no ruborosa, á la inspirada  
 Casta propagación el rostro zela:  
 La que del hombro pende desatada  
 La aun no virgínea zona, libre tela,  
 Forma luego en nupciales imitada  
 Supersticiosos ritos, que á seqüela  
 Del fausto exemplo anuncian religiosos,  
 Copia á la prole, dicha á los esposos.

Con indecisa fe, con titubeante  
 Mano, á la espalda frias piedras tiran,  
 Y tímida la accion, el paso errante,  
 La paludosa tierra inciertos giran:

Aun el ánimo duda repugante  
 El prodigio que obran y no miran,  
 Pero constante su piedad prosigue,  
 Y el fin, que aun esperar duda, consigue.

Vegeta el duro canto, se enternece,  
 Y trasmutado de interior fermento,  
 De órganos y de humores se enriquece,  
 Y al vital se prepara movimiento:  
 Ya de la humana forma haber parece  
 El primero confuso lineamento,  
 Qual en dudosas señas de la errante  
 Luna el orbe figura su semblante.

Abúltanse, y mil términos en vano,  
 El otra vez comun campo produce,  
 De vario sexò, como lo es la mano,  
 Cuyo tiro á viviente lo reduce:  
 En las perfectas formas soberano  
 Aflato auras vitales introduce,  
 Muévense, sienten, piensan, hablan, aman,  
 Y en pueblos por el orbe se derraman.

Las brutas formas, el calor suave,  
 La templada humedad, la aura fecunda  
 Imprimen; y la tierra aborta grave  
 De su primera prole grey segunda:  
 La fiera montaraz, aérea el ave  
 De los tímidos céspedes redundan;  
 Y semiformes los reptiles yacen,  
 Siendo aun parte del légamo en que nacen.

Desnuda entónces, y jamas vestida  
 Del antiguo verdor la tierra vuelve:  
 O por fatal castigo enflaquecida,  
 O porque el agua su vigor disuelve.  
 En tener frutos, en escasa vida  
 Naturaleza su poder resuelve,  
 Moderando los astros mas propicios  
 La fuerza en su virtud á nuestros vicios.

¡O de petreo origen prole dura  
 Generacion de mármoles helada,  
 Cuya rebelde rigidez aun dura  
 En tus feroces pechos propagada!  
 ¡O feliz tu primera compostura  
 De barro humilde y de alta luz formada,  
 En cuya masa tierna y obediente  
 Aun fué docilidad el ser viviente!

Pudo de piedra á hombre conducirte  
 La piedad de los dioses; y pudiera  
 A tu fria inaccion restituirte  
 Con pena digna su virtud severa;  
 Solo sus santas leyes reducirte  
 No pueden de hombre á justo; pues espera  
 Que quien lo frágil reparando enmienda,  
 También lo duro quebrantando ofenda.

## DE D. IGNACIO DE LUZAN (1).

## CANCIÓN.

*A la Conquista de Oran.*

Ahora es tiempo, Euterpe, que templemos  
 El arco y cuerdas, y de nuestro canto  
 Se oiga la voz por todo el emisfero;  
 Las vencedoras sienas coronemos  
 Del sagrado laurel al que es espanto  
 Del infiel Mauritano, al Marte Ibero.  
 ¿Ya para quando quiero  
 Los himnos de alegría, y las canciones,  
 Premio nó vil que el coro de las nueve  
 A las fatigas debe,  
 Y al valor de esforzados corazones?  
 ¿Para quando estará, Musas, guardado  
 Aquel furor que bebe  
 Con las ondas suavísimas mezclado  
 De la Castalia fuente, el labio solo  
 De quien tuvo al nacer propicio á Apolo?  
 Una selva de pinos y de abetes  
 Cubrió la mar, angosta á tanta quilla:  
 Para henchir tanta vela faltó viento:

(1) Nació en Zaragoza en 1702; y murió en Madrid en 1754.

De flámulas el ayre y gallardetes  
 Poblado divisó desde la orilla  
 Pálido el Africano y sin aliento:  
 Del húmedo elemento  
 Dividiendo los líquidos cristales,  
 Y blandiendo Neptuno el gran tridente,  
 Alzó airado la frente  
 De ovas coronada y de corales:  
 ¿Quien me agovia con tanta pesadumbre  
 La espalda? ¿Hay quien intente  
 Poner tal vez en nueva servidumbre  
 Mi libre imperio? ¿O por ventura alguno  
 Me le quiere usurpar? ¿No soy Neptuno?

Así decia el dios: las españolas  
 Proras en tanto del undoso seno  
 Iban cortando la salada espuma:  
 Humildes retirábanse las olas,  
 Céfiro por el cielo ya sereno  
 Batía en torno su ligera pluma.  
 ¿Adonde irá la suma  
 De tanto alado pino? Hay otro mundo  
 Que el Español intrépido someta?  
 ¿Hay otros que acometa  
 Riesgos por el océano profundo?  
 Si es que al soberbio Ingles moverá guerra,  
 O si verá otra vez la Etnisia tierra?  
 ¿Adonde ha de ir, sino es donde le llama  
 La santa fe, la verdadera fama?

Estremecióse el africano suelo,  
 Y temblaron de Oran torres y almenás  
 Del formidable vencedor á vista :  
 En vano á la Mezquita erróneo zelo  
 Trae madres y esposas de horror llenas  
 A rogar que Mahoma las asista.  
 No hay poder que resista  
 Al impetu y ardor del leon de España ;  
 Que vino, vió y venció; y el Agareno  
 Probó de susto lleno  
 A un tiempo amago y golpe de su saña :  
 Qual suele ver, no sin mortal desmayo  
 Rogarse en ronco trueno  
 Las pardas nubes, y abortar el rayo,  
 El pasmado pastor, y todo junto  
 Arder cielo y encina á un mismo punto.

Reconocen los bárbaros adarbes  
 El ya noto pendon que se enarbola  
 Con armas de Castilla y Celtiberas :  
 Gimea de pena y rabia los Alarbes  
 Al ver que el viento plácido tremolá  
 Con respeto la cruz de las banderas.  
 De esquadras lisongeras  
 De alados paraninfos cortejada,  
 Entra la Fe triunfante por las puertas,  
 Ahora de nuevo abiertas  
 Por el zelo de España y por su espada.  
 Huye del Alcoran el falso rito,  
 Y abandona desiertas

Las mezquitas infames; y bendito  
 El lugar profanado y templo inculto,  
 Vuélvese á consagrar en mejor culto.

Estas, ó noble España, son tus artes,  
 Al cielo dirigir guerras y paces,  
 Pelear y vencer solo por Christo :  
 Del orbe entero ya las quatro partes  
 Siempre invencibles discurrir tus haces  
 Por la sagrada religion han visto.  
 Por tí desde Calisto  
 Hasta el opuesto polo en trecho inmenso  
 Al verdadero Dios el Indio adora,  
 Y el que en la tierra mora  
 Donde al cruel Pluton se daba incienso.  
 Por tí del Evangelio arreholada  
 Con mejor luz la aurora  
 Del Ganges sale, y por tí da la entrada  
 A nuestra fe la mas remota playa  
 Del Japon, de la China y de Cambaya.

Por tí de hoy mas el bárbaro Numida,  
 El de Getulia, y el feroz Masilo  
 Dexarán la impia secta y ritos vanos :  
 Renacerán á mas felice vida  
 Quantos habitan entre Lixo y Nilo  
 Abrazando la ley de los christianos.  
 Con tratos mas humanos  
 El togado Español pondrá sus leyes  
 Entónces al morisco vasallage ;

Y parias y homenaje  
 Recibirá de los vencidos Reyes.  
 La piedad, el valor, la verdadera  
 Virtud y el nuevo traje  
 Aprenderá la Libia prisionera ;  
 Y sabiendo imitar, sin otra cosa  
 Su misma esclavitud la hará dichosa.

Sulcará el industrioso comerciante  
 El libre mar Tirreno y el Egeo,  
 Sin temor de Mazmorra ó de grillete :  
 Si diré lo que mandas que ahora cante,  
 O Febo, ó dexare que lo que veo  
 Claro, en la edad futura otro interprete ?  
 El Andaluz ginete  
 Beberá del Cedron, el santo muro  
 Libertado será; y el fiel voto  
 Podrá cumplir su voto,  
 De tiranos insultos ya seguro.  
 Tendrá la España, mas que un tiempo Roma,  
 De su imperio en el coto  
 El marfil Indio y el sabeo aroma  
 Para las aras y el sagrado fuego ;  
 Ven, ó dichosa edad, pero ven luego.

De tu antiguo valor así no olvides  
 Los ilustres exemplos, patria mia,  
 Léjos del ocio y de estrangera pompa :  
 Ame el fuerte mancebo arinas y lides,  
 Y en vez de afeminada melodia

Guste solo del parche y de la trompa.  
 Ambos hijares rompa  
 Con la espuela el bridon : con pecho fuerte  
 Entre polvo, humo y fuego á verse aprenda,  
 Y por la brecha ascienda  
 A buscar y vencer la misma muerte :  
 O aprende á domeñar del mar la furia,  
 O á moderar la rienda  
 Del gobierno político en la curia,  
 Dexando en guerra y paz clara memoria :  
 Así se sube al templo de la gloria.

Pues ya tanto tu vuelo se remonta,  
 Cancion ligera y pronta,  
 Ve de Orán á la playa,  
 Y allá tambien contigo al campo vayo  
 Este aplauso primero :  
 Y di en mi nombre al vencedor Ibero,  
 Que si por dicha tanto  
 Como ya su valor puede mi canto,  
 Sin que el tiempo ó la envidia al fin lo estorbe,  
 Será eterna su fama en todo el orbe.

## CANCION II.

*A la defensa de Oran.*

Dame segunda vez, Euterpe amiga,  
 Bien templada la lira y nuevo aliento,  
 Que alcance á referir nuevas hazañas:  
 Ya de Orán y de Ceuta las campañas  
 Ofrecen otra vez alto argumento,  
 Que renovar aplausos nos obliga.  
 El Africa enemiga  
 Ya produce otras palmas y laureles  
 Para adornar del Español la frente.  
 Tú, divina Piéride, consiente  
 Que del furor sagrado, con que sueles  
 Grandes héroes cantar, y sus renombres,  
 A pesar del olvido entre los hombres  
 Inmortales hacer, pida hoy no poco:  
 Es justa la razon porque te invoco.

Como la generosa águila altiva,  
 Sobre las vagas aves hecha reyna,  
 Y que sirve al tonante el pronto rayo,  
 Si de su arrojó en el primer ensayo  
 Culebra arrebató que escamas peyna  
 Y erguida la cerviz su furia aviva;  
 En vano ya cautiva  
 De la garra feroz silva y forceja,  
 Que el ave, uñas y pico ensangrentada,  
 No suelta mas la presa, y remontada

Por la region suprema el vuelo aleja,  
 Hasta que al monstruo el fiero orgullo abate;  
 Y destrozado en desigual combate,  
 Palpitando algun miembro en tierra yace,  
 Lo demas en el ayre su hambre paze:

Asi la osada juventud de España  
 Contra el Moro obstinado ahora defiende  
 Las conquistas debidas á su brio.  
 En vano el ya perdido señorío  
 La descendencia de Ismael pretende  
 Recobrar con la fuerza ó con la maña.  
 Veráse la campaña  
 De Marruecos, de Argel y Terudante  
 De púrpura teñida y rios roxos:  
 Revolcarán los bárbaros despojos  
 Al mar del mediodia y al de atlante,  
 Destinados juguete al Euro y Noto:  
 Quando despues sulcare algun piloto  
 Las playas, hasta donde fué Cartago,  
 Conocerá en los huesos el estrago.

Es difícil empresa al enemigo  
 La firmeza vencer de tales pechos,  
 Que honra solo, valor y fe respiran:  
 Ya vulgares exemplos no se admiran;  
 Ya del brazo español no salen hechos  
 Sin conducir la heroycidad consigo.  
 Del infeliz Rodrigo  
 No dura mas el ocio y muelle trato:

Entre noble vergüenza y rabia lucha  
 Qualquiera de nosotros, quando escucha  
 El nombre pronunciar de Mauregato.  
 Ya en defender circunvalado muro,  
 Con varia muerte es del Ibero duro  
 Propio, inato el teson, del qual arguyo  
 Que seria obstinado, á no ser suyo.

¡O Cantabria feroz! ¡O de Sagunto  
 Inflexible valor! ¡O gran Namancia,  
 Cuyas pérdidas hoy son nuestra gloria!  
 Siempre que se renueva la victoria  
 De nuestra heroeya indómita constancia  
 Falta voz á la fama en tal asunto.  
 Quanto al extremo punto  
 Llegó del hado, el fiero Numantino  
 Al fuego se arrojó de rogos varios,  
 Dexando admiracion á los contrarios;  
 Trofeos no, que el vencedor latino,  
 Cuyo valor no en vano se eterniza,  
 Solo pudo triunfar de la ceniza;  
 No haga otra gente de constancia alarde,  
 Que á esto no llegó nunca, ó llegó tarde.

Nace del fuerte el fuerte, y de la interna  
 Virtud del padre toma el becerrillo;  
 Que en las dehesas de Xarrama pacc.  
 ¡Acaso alguno vió jamas que nace  
 Del águila feroz triste cuclillo,  
 Nocturno buho, ó palomita tierna?

Como en cadena eterna,  
 Se eslabona el valor, y la prudencia  
 Se infunde al español de sus pasados:  
 De aquellos ascendientes celebrados  
 Esta nació valiente descendencia,  
 De quien ahora tiembla el Mauritano:  
 Despues vendrán, y no lo espero en vano,  
 Emulándose en glorias y en efetos  
 Los hijos de los hijos y los nietos.

Cancion, si yo pudiese, bien querria  
 Hacer de modo que tu voz oyese  
 La zona ardiente, la templada y fria;  
 Y que en tus alas fuese  
 La fama de mi patria y sus trofeos  
 A los pueblos del Indo, á los Sabeos,  
 A los de Arauco, Tauro, Eda, Erimanto,  
 Pero no son tus alas para tanto.

## CANCION III.

*Leida en la Academia de las Nobles Artes,  
año de 1753.*

Ya vuelve el triste invierno  
Desde el confín del Sármatá aterido  
A turbar nuestros claros horizontes  
Con el ceñudo aspecto, y faz rugosa,  
Con que á influxo de la osa  
Manda intratable en los Rifeos montes,  
Y en la Zembla polar; donde temido  
Señor de eterna nieve, y yelo eterno,  
Con tirano gobierno  
La entrada niega á todo trato humano :  
El piloto Holandes se atreve en vano,  
Avido pescador del ceto inmenso,  
A surcar codicioso  
El piélago glacial : el frio intenso  
Para su rumbo, y dexa riguroso  
En remota region léjos del puerto  
La quilla inmoble, el navegante yerto.

La hermosa primavera  
Desterrará al invierno, coronada  
La bella frente de jazmin y rosa,  
Qual iris que en las nubes aparece ;  
Se alegra y reverdece  
A su vista la tierra y olorosa.

Recrea los sentidos, revocada  
La lozania, y juventud primera.  
Poco ántes prisionera  
La fuentecilla de enemigo yelo  
Ya entónces libre fertiliza el suelo,  
Y nuevas yerbas alimenta y cria :  
Robles, hayas y pinos ;  
Vuelven á hacer la selva mas umbría :  
En tanto al ayre mil suaves trinos  
Esparcen las canoras avecillas,  
Mas agradables, quanto mas sencillas.

Sucedirá el estío ;  
Y el can fogoso, y el leon rugiente  
Marchitará la verde pompa y flores,  
Y agotará á la fuente sus cristales :  
Así bienes y males  
Mezcla pródigo el cielo : moradores  
Hay en la fria zona, hay en la ardiente  
Sufriendo extremos de calor y frio.  
Su vario señorío  
Exerce en todo la inconstante suerte :  
Nace sujeta á sucesiva muerte  
Cada estacion : murió la antigua gloria  
De Roma y de la Grecia,  
Cuyas soberbias ruinas y memoria  
Tanto la fama lisongera aprecia :  
Que al impulso fatal de las edades  
Mueren tambien los Reynos y Ciudades.



Solo la virtud bella  
 Hija de aquel gran padre, en cuya mente  
 De todo bien la perfeccion se encierra,  
 Constante dura sin mudanza alguna :  
 En vano la fortuna  
 Hace contra su paz rabiosa guerra,  
 Qual contra firme escollo inutilmente  
 Rompe el mar sus furiosas ondas : ella  
 Como la fixa estrella,  
 Que el rumbo enseña al pálido piloto  
 Quando mas brama el aquilon, y el noto,  
 Al puerto guia nuestro pino errante.  
 Quien con esto se acuerda  
 De envilecer su plectro resonante  
 Donde de vista la virtud se pierda?  
 O un falso bien, ó un engañoso halago  
 Sirva de asunto al canto, y mas de estrago?

No, no; léjos aparte  
 Apolo del Parnaso error tan ciego,  
 Y en sus sagrados bosques no resueno  
 Sino pura armonía, y casto acento :  
 Con severo instrumento  
 Calzado el gran coturno, el ayre llene  
 De trágico terror Leghinto, el griego  
 Canto emulando en sencillez y en arte :  
 Yo cantaré de Marte  
 Las heroicas hazañas, que gloriosos  
 Acabáron los hijos generosos

De

De nuestra España, y llenaré la esfera  
 De aplausos de su fama :  
 Y sin ser por afecto lisongero  
 Mi voz, creciendo la apolínea llama,  
 Me oirán remotos climas admirados  
 Celebrar nuevos hechos ignorados.

Mas Febo en este dia  
 No me permite, que de Marte airado  
 Cante las obras, y el furor horrendo,  
 Ni estragos tristes de sus ermas fieras.  
 Cedan palmas guerreras  
 A pacífica oliva, y el estruendo  
 Militar se convierta mejorado  
 En apacible métrica armonía.  
 A ti la lira mia,  
 Noble Academia, hoy se consagra solo ;  
 A tí me manda celebrar Apolo,  
 Y que á tus bellas hijas floreciente  
 Corona texa amiga  
 La Poesía para ornar su frente,  
 Premio no vil de toda su fatiga :  
 Lo que no puede el oro el verso puede,  
 Que el dar eterna fama á todo excede.

La luz y sombras diéron  
 Feliz principio y ser á la pintura ;  
 Creció su gracia el vario colorido,  
 Y el arte del escorzo y perspectiva :  
 Solo el tacto en la viva

Tomo IV.

24

Imitacion de objetos lo fingido  
 Puede reconocer, y la estructura  
 Que artificiosas lineas compusieron.  
 Quanto los ojos vieron,  
 Quanto ideó la fantasia, fieles  
 Imitadores copian los pinceles,  
 A un lienzo dando bulto, alma y acciones;  
 Y con arte que admira,  
 Movimientos, afectos y pasiones  
 De gozo, de dolor, miedo, amor, ira;  
 Y si le falta hablar, la vista duda  
 Como tal perfeccion puede ser muda.

Con cincel primoroso,  
 Noble Escultura, igual sabes los duros  
 Mármoles animar; y afecto blando  
 Desta inspirar en modelados bustos.  
 Tus palacios angustos,  
 O grande Arquitectura, levantando,  
 Arcos, teatros, y soberbios muros,  
 Sabes tu nombre eternizar famoso.  
 Aun del Rodio Coloso  
 Dura la admiracion, y la romana  
 Gente ensa'za al autor de la Trajana  
 Columna: aun vive el nombre de Lisipo:  
 Aun vive Apéles, claro  
 Amigo del gran hijo de Filipo;  
 Y viven á pesar del tiempo avaro  
 Praxiteles, y Zeuxis, y el que quiso  
 Todo el arte apurar en su Yaliso.

¿Pero á que fin la achéa  
 Fama me acuerda nombres y memorias  
 De antiguos siglos, quando ya los cielos  
 Me ofrecen nuevo asanto en nuestra Iberia?  
 El arte á la materia  
 Excede con primores y desvelos  
 En este real albergue, en quien las glorias  
 De España cifra una ingeniosa idea.  
 Tal es justo que sea  
 La esfera y centro de sus grandes Reyes;  
 Para dar desde aqui suaves leyes  
 A los dos obedientes emisferios.  
 Aqui al vivo esculpidos  
 Por el cincel de artífices esperios  
 Respiran Reyes siempre esclarecidos;  
 Y el primero es Fernando, en cuya guarda  
 Ruge un leon, y su señal aguarda.

¿Mas qual tan peregrina  
 Fábrica suntuosa se levanta,  
 Obra de docta mano? ¿A quien dedica  
 Un magnífico zelo el nuevo templo?  
 De tan devoto exemplo  
 La universal aclamacion publica  
 El intento piadoso, y de la santa  
 Educacion los frutos adivina.  
 A aquel que de la Alpina  
 Grey fué pastor zeloso, al grande Sales  
 Consagra estas memorias inmortales  
 De una gran Reyna la piedad profusa.

Permite que en tus sienas  
 Entrelace, Señora, humilde Musa  
 Esta yedra á los lauros que ya tienes,  
 En tanto que con plectro mas sonoro  
 Se ocupa en tí todo el aonio coro.

Sagrado Evangelista,  
 También tus aras renovadas veo  
 Por artífice diestro, que reduxo  
 Lo hermoso, y grande á limitado giro.  
 Allí igualmente admiro  
 Al pincel español, cuyo dibujo  
 Ilustre hazaña y militar trofeo  
 Del gran Felipe acuerda á nuestra vista,  
 A Samuel y al Salmista  
 Rey al ungirse otro pincel colora;  
 Y al santo Apóstol que la España implora  
 Por su patron, en la feliz orilla  
 Del ibero y el sacro  
 Principio de la antigua alma capilla,  
 Y el pilar, y divino simulacro  
 Al fresco exprime, y como todo á vuelo  
 Al suelo Aragonés se vino el cielo.

Nieto del grande Albano,  
 A quien Minerva y Marte belicoso  
 Guian de la virtud al arduo templo.  
 De claros ascendientes por las huellas;  
 Tú tambien á las bellas  
 Tres nobles artes con ilustre exemplo

Amparas y proteges, y oficioso  
 Tiendes en su favor la amiga mano.  
 Y tú, que pio, humano,  
 El Imperio Español en paz estable  
 Rigés, sexto Fernando, admite afable  
 Agradecidos votos que te ofrecen  
 Las artes decoradas:  
 A tí las ciencias, que á tu influxo crecen,  
 A tí invocan las Musas, y alentadas  
 Con tu piedad, de flores de Helicon  
 Van texiendo á tu frente otra corona.

Suspende aquí tu vuelo  
 Cancion, no quieras remontarte tanto;  
 Es muy débil tu voz, inculco el canto  
 Para tan alto empeño: al Dios de Delo  
 Cede la empresa; él solo  
 Con cítara divina  
 Sabrá esparcir del uno al otro polo  
 El nombre de Fernando, y celebrarle:  
 Tú con respeto humilde te avecina  
 A su real trono, y pnes para elogiarle  
 Tu amor ni voces, ni conceptos halla,  
 Póstrate á tu señor, ámale y calla.

OTRO EJEMPLAR, DE BUENA LEYEN  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 "ALFONSO REYES"  
 Aced. 1625-MONTERREY, MEXICO